

DESAFÍOS Y RETOS DE LA HISTORIA RURAL. EL ACCESO FEMENINO A LA CULTURA LETRADA A FINES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

CHALLENGES OF RURAL HISTORY. FEMALE ACCESS TO LITERACY CULTURE AT THE END OF THE OLD REGIME

Ana M. Sixto Barcia¹

Recibido 24/11/2024 · Aceptado 17/02/2025

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfiv.38.2025.43474>

Resumen

En la actualidad, la fortaleza de la que goza la historia de las mujeres es un hecho, cuyos orígenes fueron discutidos —discutibles también—, pero que ha demostrado una gran solidez teórica y metodológica. No obstante, no todos los ámbitos de este campo de estudio han tenido un desarrollo similar y tampoco los culturales han tenido una progresión equitativa. En este sentido, el análisis del acceso a la cultura letrada sigue siendo un desafío, dadas las escasas aportaciones que se han hecho al respecto en los últimos años. En la misma línea, se ha primado el estudio del mundo urbano sobre el rural y los planes y proyectos educativos del siglo XVIII, sobre las cifras y su evolución en la época moderna, en parte, por lo trabajoso del método y por su corte clásico. Por contra, han proliferado otras líneas de trabajo, que no desmerecen la proyección del estudio cultural, como el gusto y evolución de las lecturas, la creación artística, el teatro femenino, etc., pero que se muestran incompletas al carecer de un conocimiento de base, ya que desconocemos cuántas mujeres estaban alfabetizadas y cuál fue su evolución real.

Palabras clave

Historia; Mujeres; Educación; Alfabetización; Antiguo Régimen

Abstract

The strength of Women's History is a proven fact nowadays. Despite its origins were discussed —and subject to multiple debates too—, it has demonstrated great

1. Universidad de León; asixb@unileon.es. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6217-3973>

Esta investigación ha sido realizada en el marco del proyecto *Ciudades y villas del Noroeste Ibérico: gobernanza y resistencias en la Edad Moderna*, PID2021-124823NB-C21, y del proyecto *Violencia, conflictividad y mecanismos de control en el Noroeste de la Península Ibérica (siglos XVI-XIX)*, PID2021-124970NB-I00, Agencia Estatal de Investigación y Ministerio de Ciencia e Innovación; así como por la red de investigación *Conflictos y resistencias en la Corona de Castilla, siglos XVI-XIX*, RED2022-134215-T Agencia Estatal de Investigación y Ministerio de Ciencia e Innovación.

theoretical and methodological solidity. However, not all areas of this academic field have had a similar development, nor have cultural studies had an equitable progression. In this sense, the studies focusing on access to literate culture remain a challenge, given the scarce contributions that have been made in this regard in recent years. Along the same lines, priority has been given to researches around the urban world over the rural world and to the educational plans and projects of the 18th century, over figures and their evolution in Modern History, partly due to the elaborate nature of the methodological process and its classical nature. On the other hand, other lines of work have proliferated, which do not compare unfavourable to the impact of cultural studies, such as the cultivated habit of reading and its evolution, artistic creation, women's theatre, etc. However, these are shown to be incomplete due to the lack of basic knowledge and data available, since we do not know how many women were literate and what their real evolution was.

Keywords

History; Woman; Education; Literacy; Old Regime

.....

1. INTRODUCCIÓN

Tras las derivas de la ciencia histórica en los últimos cuarenta años, la Historia de las Mujeres ha demostrado ser un campo de estudio bien asentado y se ha mostrado como una de las escisiones más sólidas que siguieron a la mal llamada fragmentación de la Historia. Si bien sus orígenes fueron muy discutidos, dadas las debilidades teórico-metodológicas de las primeras concepciones, desde finales de los años setenta, la disciplina ha manifestado una gran complejidad teórica y metodológica, así como ha exhibido una sugerente producción historiográfica. Además, su actividad ha estado muy ligada a la renovación de la historia social y a la interacción interdisciplinar. Sea como fuere, la progresión de los estudios relacionados con las mujeres, que representan el 50% de población y que, por ende, no son ningún sector social marginal, ha sido muy positiva. No obstante, tenemos muchos más resultados referentes al plano urbano que al rural, como suele ser habitual, dada la mayor concentración de fuentes documentales referentes al primero. Este sesgo inicial, no obstante, no es óbice para ignorar o desatender el desarrollo de la historia rural, sobre todo, en el Antiguo Régimen, cuando este era el mayoritario frente a la escasa presencia del mundo urbano, sobre todo en el norte. Este barbecho prolongado en los estudios se ha incentivado más si cabe aún en las nuevas generaciones de estudiantes, que cada vez son también menos rurales y están más desconectadas de los trabajos agrícolas, de sus exigencias laborales y de sus ciclos, por lo que lo rural se percibe cada vez más como algo ajeno.

En este actual desinterés por lo rural, sin duda, han influido algunos presupuestos de partida o mitos que no son ciertos, pero que han sido y son perennes. No es cierto que el mundo rural fuese estático en el tiempo y en la Historia, puesto que no es así ni en el aspecto económico, ni en cuanto al desarrollo poblacional, ni en lo referente al plano social y, mucho menos, en lo cultural. La relación entre las mujeres modernas y la cultura es intensa y variada, aunque debemos distinguir la cultura oral y la escrita, cuestión fundamental. Ambas son las caras de una misma moneda, que conviven, aunque cuyo impacto no es igual. La cultura oral fue mayoritaria, mientras que la letrada fue minoritaria, y en ellas el papel de las mujeres fue diferente. En esta línea, las mujeres fueron las reproductoras de costumbres, las primeras transmisoras de la lengua materna y, en gran medida, las depositarias de la cultura oral. En cambio, su acceso a la cultura letrada fue escaso a lo largo del periodo moderno, lo que se traduce en unas bajas o bajísimas tasas de alfabetización femenina. En esta línea, en aquellas regiones o áreas donde predomina la cultura oral femenina, hay intercambios, hay contactos y hay difusión de ideas, por lo que estos no son exclusivos de las regiones con mayor acceso a la cultura escrita, las áreas urbanas y el sur peninsular, aunque en estas regiones los rastros y los cambios son más evidentes y la documentación menos opaca.

Sea como fuere el análisis de las mujeres rurales es fundamental, pues si ya de por sí estas son un componente social numéricamente importante, en el mundo rural, dado su mayor peso a causa de los movimientos migratorios y de la existencia de economías complementarias, lo son aún más. Esto nos lleva a mencionar otro axioma que parece un tanto oxidado en la actualidad, la Historia

como disciplina y como ciencia, es el estudio del pasado en su conjunto. El análisis de casos particulares, excepcionales y ejemplares es importante, no cabe duda, pues son ejemplos significativos que se salen de la norma, pero la clave de la Historia está en la norma, en el conocimiento de la realidad pasada y no solamente de sus excepciones². Si no conocemos la sociedad en su conjunto tampoco podremos detectar con rigor el verdadero peso de la excepcionalidad y corremos el riesgo de elevar a categoría algo que no lo es. En suma, no se debe estudiar una cosa al margen de la otra y sin un equilibrio coherente. Por otra parte, lo rural, por un lado, y lo normal, por otro, tampoco son tediosos, y esta es otra idea falsa que debemos olvidar. El estudio del pasado en su conjunto está conformado por miles de casos, de ejemplos y de realidades que componen un todo y, precisamente, aquí está la verdadera riqueza del pasado y en esta recomposición plural es cuando y donde emerge la norma y todo lo que se aleja de ella.

LA NECESARIA REIVINDICACIÓN METODOLÓGICA

La apertura de múltiples derroteros, alejados del corsé de los grandes paradigmas, abrieron multitud de ámbitos de trabajo que generaron atracción y defensa, en muchos casos, rechazando aquellas líneas temáticas más próximas a las de las grandes escuelas clásicas, annales y el marxismo —en menor medida, también la New Economic History—. Esta deriva de modas y postulados científicos encontrados ha tenido un efecto pernicioso en el ámbito de la cultura femenina, ya que ha lacerado gravemente a los estudios de base. Estos no son más que aquellos referidos a los aspectos más elementales, como son el acceso a la cultura letrada y la alfabetización, que han sufrido un progresivo abandono casi desde el principio del propio asentamiento de la Historia de las Mujeres. Así, no disponemos de ensayos generales, solamente de estudios regionales, que tampoco son muy numerosos y están centrados en el sector masculino, cuando verdaderamente el conocimiento que aportan repercute en los cimientos de la Historia Cultural y son esenciales para el despliegue de otras muchas facetas o derivas vinculadas a la misma.

La solidez metodológica, por otra parte, no es el problema. En este sentido, cabe recordar los interesantes debates de los años setenta y ochenta que zanjaron la cuestión y dejaron claro lo válido de los niveles de firmas y los límites o aspectos cuestionables del mismo. La lectura de los clásicos, y de los maestros, es fundamental y debíamos reivindicarlos más a nivel metodológico³. De hecho, con ello podríamos

2. En esta línea, cabe decir que, en la actualidad, se están haciendo revisiones críticas muy interesantes para comprobar la veracidad de la tradición o el mito que rodean a algunas figuras claves o ejemplares en el plano cultural femenino. Estas propuestas no ahondan en la tradición, sino que, en ocasiones, ponen en cuestión a la misma y acuden a los archivos para comprobar su veracidad. Véase Carabias Torres, 2019: 179–208; 2021: 71–104. Mateos Díez, 2022: 187–217. Jiménez Moreno, 2023. También es interesante la introducción presentada por Ghislain Baurly en su recopilación de textos de Teresa de Cartagena (2021).

3. Conviene recordar las tempranas discusiones sobre el tema, casi siempre olvidadas, como las de Jimeno Aguius (1885:11–30), Olóriz (1900), Luzuriaga (1919), Guzmán Reina (1955), Gil Carretero y Rodríguez Garrido (1955), Cerrolaza (1955). A estas le suceden otros debates más teórico-metodológicos, entre cuyos protagonistas debemos

evitar muchas discusiones redundantes y, en muchos casos, zanjadas tras meditados debates que pusieron sobre la mesa los límites de las fuentes y la adecuación de los métodos a aplicar.

Más allá de la cuestión de la superación de los viejos paradigmas, en el pasado se realizaron importantes ensayos masivos con fuentes, aprovechémoslos y aprendamos de ellos sin incurrir en polémicas sin sentido, cuando los problemas y sus soluciones ya fueron consensuadas en su momento y siguen vigentes. Sin embargo, hay otra cuestión fundamental que sí conviene traer a colación, pues el gran problema que presentan los estudios clásicos es que las mujeres ocupaban un lugar secundario en estos. Ellas tampoco están representadas en las conclusiones, al ser aisladas porque sus datos alteraban mucho los totales. Por ende, los historiadores de annales, por lo general, no las analizaban con detalle para conseguir mayor representatividad en los resultados y los marxistas no las estudiaban en sí mismas, puesto que las mujeres no constituían ninguna clase social, sino que formaban parte de muchas, tomando siempre con cautela los aportes referidos a ellas por lo ya indicado. No obstante, tampoco se puede negar la existencia de trabajos que recogen tendencias y que, por tanto, son valiosos, aunque también hay que poner sobre la mesa que, en muchas ocasiones, las mujeres solamente aparecen en un 10% de las muestras o menos y estas no son amplias, lo que repercute directamente en la representatividad de los resultados⁴. Por tanto, cuando hablamos de los niveles de firmas y de estudios clásicos es preferible hablar de tendencias de partida, más que de tasas firmes, a falta de un enfoque de género.

Si bien la validez del método no es el problema, los modos de ejecución y las técnicas empleadas sí han podido generar cierto rechazo, habida cuenta de la denostación hacia el análisis serial y el cierto abandono de la metodología cuantitativa aplicada al vaciado masivo. Con todo, el rechazo a esta metodología comienza a estar superado, como no podría ser de otro modo, ya que el número imprime un valor esencial. El lenguaje es descriptivo y tremendamente útil a la hora de clasificar y explicar, pero el número es contundente, siendo ambos complementarios. El número y la estadística no son en ningún caso excluyentes del método cualitativo,

señalar, para el ámbito francés, a H. J. Martin (1958), M. Fleury y P. Valmary (1957: 71–92), E. Le Roy Ladurie (1966: 344–348 y 882–883), F. Furet y J. Ozouf (1977); y, en otros contextos, a L. Stone (1969: 69–139), E. L. Eisenstein (1968: 1–56), Bennassar (1967: 468–469), C. M. Cipolla (1969), B. P. W. Musgrave (1970: 87–95), H. J. Graff (1981: 1–13), Samaniego Boneu (1973: 375–400), Bennassar y Rodríguez (1978: 17–46), Longuet (1978: 207–228); Cressy (1980: 175–189), Eiras Roel (1985: 79–113); Nalle (1989: 65–125); y Castillo y Saez, 1994: 133–168. Para una mayor contextualización y explicación de la evolución de estos estudios, se recomienda la consulta de las magníficas síntesis elaboradas por: Viñao Frago 1985: 209–226. Laspalas Pérez, 17 :2013–28.

4. Con todo, conviene aludir a grandes autores, algunos verdaderos maestros, y a significativos trabajos que han contribuido al tema del acceso a la cultura, si bien la mayoría únicamente aportan tendencias aplicables al estudio femenino: Houdaille, 1977: 65–90; Lockbridge, 1974; Pérez García: 1979; Larquie, 1980: 232–252; Chartier, 1985; Gelabert, 1985: 161–182 y 1987: 45–58; Soubeyroux, 1985: 164–167; Ventura y Munné, 1984, II: 666–675; González Lopo, 1984: 125–138; Viñao Frago, 1986: 235–250; Amalric, 1987: 9–27; Petrucci, 1987: 167–263 y 1999; Vincent, 1987: 95–104; Marcos Álvarez y Cortés Cortés, 1987; Le Flem, 1987: 29–43; Barreiro Mallón, 1988: 115–134; Pascua, 1989: 51–65; Moreno Martínez, 1989; Espigado Tocino, 1990: 173–192; Laspalas Pérez, 203 :1991–226; Sanz González, 1992: 229–249; Astoul, 1992: 175–194; Grevet, 1993: 441–451; Rey Castelao: 1998, 271–312 y 2003: 27–48; Casquero Fernández, 1998: 391–449; Pelayo, 1998: 148–149; Ciscar Pallarés, 1998: 37–62; Sandoval Vereá, 2000: 211–233. Sobrado Correa, 2001; Alegre Maceira, 2009; Sixto Barcia, 2007: 285–306 y 2021; Suárez Golán, 2007: 307–332; Fernández Clares, 2022: 69–82; Ramiro García, 2018: 69–135; Armesto, 2019: 263–279.

ya que el análisis textual y el método comparativo son también esenciales. Defender estas ideas tan tópicas hoy en día parece redundante, e incluso trasnochado, ya que fueron consignas repetidas por grandes historiadores como Witold Kula o Eric Hobsbawm⁵, aunque quizás debiésemos reivindicarlas más tras haber sido acalladas en los devenires más actuales de la disciplina histórica. No es cierto que la acumulación densa aplicada, sobre todo, a la alfabetización y a la posesión del libro esté superada, pues los resultados que tenemos son fragmentarios y, sobre todo, lo son más cuando analizamos a las mujeres y al mundo rural.

En suma, debemos ser conscientes de que hay que poner en valor la necesidad de retomar viejos interrogantes que han quedado en suspenso con toda la complejidad metodológica y el esfuerzo que requieren. La Historia de las Mujeres debe evitar los sesgos que acusó la disciplina histórica en el pasado, recuperando viejas preguntas y, por supuesto, incorporando otras nuevas más acordes a los objetivos de estudio actuales. Además, consideramos firmemente que los avances que se lograsen al realizar este esfuerzo repercutirán en todos y en cada una de las otras derivas de la historia cultural, como el estudio del consumo de libros y los gustos de la lectura, el impacto de la cultura, el impacto real de la literatura, etc.

LOS ESTUDIOS CULTURALES DE BASE: LO QUE NOS QUEDA POR HACER

El análisis del acceso a la cultura letrada es uno de los primeros pasos a dar en esta escalera sinuosa enfocada en la faceta cultural femenina, ya que lo elemental es poder cuantificarlo para valorar la situación y su evolución en su justa medida. La historia problema, el verdadero motor del conocimiento, sigue vigente y la pregunta central no es si las mujeres estaban alfabetizadas, cuya respuesta ya sabemos y es que estaban muy poco, habida cuenta de los datos aportados por el censo de 1860. Aun siendo verdad la afirmación, hay que responder a muchas otras cuestiones, pues no todas las mujeres estuvieron en la misma situación, por lo que no hay que pasar un rasero, y aquí intervienen las cuestiones del grupo social al que pertenecen, su localización geográfica —no es lo mismo el contexto del norte que el del sur peninsular— y dentro de esta, diferenciar entre el contexto urbano y rural, entre otras cosas. En suma, nuestras preguntas son otras y están vinculadas a las causas y a los contextos, así como a las relaciones familiares y sociales que implementaron la ausencia femenina en los cauces de la educación formal, informal y no formal. Por ende, las respuestas deberían poner en valor el trabajo femenino, asalariado o no, ya que fue su inversión laboral la que contribuyó a la supervivencia de las familias, la que mitigó los efectos de una creciente presión fiscal sobre el campesinado, la que suplió la fuerza de trabajo de los hombres insertos cada vez más en circuitos migratorios de escaso retorno en distintas regiones peninsulares, como en el noroeste, y la que, en definitiva, contribuyó a la pervivencia de la sociedad rural.

5. Así aparecen recogidas estas ideas en algunas de sus obras más icónicas. Véase Kula, 1977: 5; Hobsbawm, 1988: 11.

Por otra parte, en el pasado nos hemos preocupado por reconstruir la primitiva red escolar para poder conocer los efectivos formativos a finales de los siglos modernos, con menor o mayor acierto, dado que no disponemos de una fuente serial para antes. No obstante, tenemos pocas noticias referentes a las mujeres rurales, y a las maestras por extensión, dado que la fuente que tradicionalmente hemos empleado para su estudio es poco permeable con relación a este desempeño femenino. En este sentido, las Respuestas Generales del Catastro de Ensenada no son concluyentes, al menos, si no se combinan con los libros maestros, tal y como se ha podido constatar para Galicia, dado que difuminan la actividad femenina⁶. En este sentido, la combinación de ambos recursos entre los muchos que ofrece el Catastro ha puesto de manifiesto que las mujeres aparecen ejerciendo como maestras, ayudantes o asistiendo al maestro en las áreas rurales. Estas mujeres que acompañan al maestro, ya fueren esposas, madres y/o hermanas, contribuyen en las tareas educativas, pero en las respuestas solamente se computa la actividad del segundo y ellas únicamente afloran en los libros maestros. Por otra parte, el Censo de Godoy (1797), si tomamos sus resultados como válidos, dado que conviene recordar que no disponemos de los datos base, ha demostrado la enorme desproporción existente entre la enseñanza masculina y femenina, abismal en las regiones rurales, pero hay mucho más por descubrir. La lectura del censo pone de manifiesto que solamente participaban en el sistema formativo en torno al 11-12% de las niñas frente al 40% de los niños, cifras que concuerdan con las tasas de alfabetización propuestas. Sin embargo, resultan más duros los números en bruto, ya que estos nos cuentan que participaban en el sistema educativo 88.543 niñas frente a 304.603 niños. Por tanto, se quedaban fuera del sistema más de 650.000 niñas. Además, para más inri, esto sucede a finales del periodo moderno, que sería el de mayor desarrollo, dado que el proceso educativo también es acumulativo en el tiempo.

Más allá de los prejuicios, que no se niegan, el hambre fue un carcelero cruel y la necesidad una instigadora de prácticas arbitrarias que alejaron a las mujeres de los cauces formativos oficiales y oficiosos, imponiendo la pragmática preponderancia de la educación masculina, cuyo coste-oportunidad era menor. En este sentido, y cuando hablamos del género femenino, la educación informal es un elemento importante que considerar, sobre todo en las regiones donde la educación formal tenía una red más débil y menos coordinada por las autoridades. Este factor lo hemos ignorado, en parte, porque indudablemente es lo más difícil de rastrear y la localización de ejemplos que recojan estas transferencias culturales casi nos convierte en cazadores furtivos⁷. Sin embargo, los recursos informales cobran mayor significado cuando analizamos a las mujeres. Por ejemplo, muchos talleres textiles que aparecen en el Catastro de Ensenada, obradores calceta, bordado y encajes, donde interaccionan maestras y aprendizas, creaban ambientes culturales, en los cuales las segundas asumían destrezas y diferentes conocimientos. Asimismo,

6. Sixto Barcia, 2001: 126 y ss.

7. Aunque la tarea es ardua, los resultados nos podrían ayudar a comprender mejor los recursos de intercambio cultural en las sociedades de Antiguo Régimen. Véase algunas interesantes reivindicaciones a este respecto de: Roche, 1981 y 1988.

circulaban ideas y todas ellas se nutrían de las lecturas a voz alzada, lo que contribuía, a su vez, a la difusión de literatura popular. No obstante, estos talleres no pueden considerarse «escuelas», ya que el objetivo no era el aprendizaje de saberes letrados, de hecho, por lo general, no se enseñaba el arte de la escritura, pero no cabe duda de que eran espacios culturales vivos. Si hemos estudiado tertulias y fiestas públicas por su dimensión cultural, también deberíamos revisar el aporte cultural de estos espacios ligados al desempeño económico.

Tampoco se ha valorado en su justa medida el efecto pernicioso de la convivencia de distintas lenguas en un mismo espacio, donde, obviamente, estas no están al mismo nivel. Estos problemas han sido constatados y estudiados en diferentes zonas —Galicia, Escocia, Bélgica, Bretaña y Morbihan, por ejemplo—, donde la lengua empleada en la educación formal no coincide con la materna⁸. Las poblaciones de estas áreas se vieron afectadas y tuvieron que hacer frente a los desafíos lingüísticos, pero mucho más perjudicadas fueron las poblaciones femeninas, que se formaban menos y, por ende, tenían poco contacto con la lengua del poder y de la administración del estado.

Sea como fuere, el ámbito temático más abandonado, sin lugar a duda, es el referente al análisis de la alfabetización a finales del Antiguo Régimen. En España, no podemos medir la alfabetización antes de 1860, por lo que hay que acudir a los niveles de firmas para momentos anteriores. Al hacer un balance de la producción histórica desde los años setenta del siglo pasado se puede comprobar rápidamente que la preocupación por la alfabetización fue intensa en el pasado. En algunos de los magníficos estudios clásicos realizados con protocolos notariales, en efecto, se recogen tasas de alfabetización femenina, aunque si examinamos el muestreo con detalle es fácilmente comprobable que la participación es muy baja, de modo que los resultados son poco concluyentes y generalizables. En este sentido, estamos hablando, en conjunto, de una participación femenina que ronda entre el 5% y 10%, por lo que sus resultados deben tomarse con cautela⁹. Esto no obsta para invalidar los encomiables esfuerzos realizados en el pasado, ya que el foco de observación no eran las mujeres, pero sí nos debe obligar a ser cautelosos. Claramente, cuando examinamos a las mujeres debemos tener presentes algunos ajustes metodológicos para no incurrir en errores similares. Obviamente, el objeto a medir es el mismo, la firma, como nivel intermedio entre el dominio de la lectura y el aprendizaje de la escritura. A este respecto, la metodología clásica de la cuantificación de firmas se basa en la certeza de

8. Véase, para Bretaña, Cariou, 1955; Furet y Ozouf, 1977, 328-332; Grevet, 1993: 447-54; para Escocia, Houston, 1982: 81-102; para Bélgica, Ruwet y Wellemans, 1978; para Galicia, Rey Castelao, 2003: 65-73. Sobre las cuestiones lingüísticas en su conjunto, véase: Furet y Ozouf, 1977: 353 y 355.

9. Por ejemplo, esto se advierte bien en encuesta realizada por Soubeyroux y su equipo, compuesto por Jean-Marc Buigues, que analizó la región de León; Erondine Rodríguez, quien se ocupó de Santander; Magali Pansier, que estudió Burgos; Mercedes Garayoa, quien examinó Barcelona; Sylvie Imparato, quien asumió el complejo contexto de Madrid a mediados del siglo XVIII; Marie-Paule Romera, que trabajó en Ciudad Real; Frédérique Baptiste, que analizó la Murcia de 1750 y Jeannette Villa, que hizo lo propio en la misma área a fines del XVIII; y Francoise Pourret, quien examinó la región de Zafra. Pese al esfuerzo realizado, las cifras propuestas para los niveles de alfabetización femenina deben tomarse con precaución, ya que únicamente se tuvieron en cuenta 9.873 firmas de hombres y mujeres —quienes participaban mucho menos— para un total de ocho ciudades y/o provincias distintas entre 1750 y 1805. Atendiendo a los resultados globales, sabían firmar el 4,67% de las mujeres a mediados de siglo XVIII, el 13,46% a finales de siglo y un 8,7% a mediados del XIX. Soubeyroux, 1985:164-167.

que la enseñanza de la lectura y la escritura, lejos de ser simultáneas en el currículo tradicional, estaban claramente compartimentadas en dos etapas sucesivas. De este modo, la capacidad de firmar era un indicativo intermedio entre ambos niveles de aprendizaje, por lo que la firma nos sirve como referencia para conocer los niveles de la población lecto-escritora en sus primeras fases. No obstante, cabe matizar que el saber firmar no implicaba el dominio de la escritura, sino que aludía a su estadio inicial, pues muchos abandonaban la enseñanza tras la adquisición de esta habilidad o destreza. La firma es un indicador válido, pero además del análisis cuantitativo, es necesario realizar un análisis cualitativo de la destreza manifiesta¹⁰. Esta valoración no es subjetiva ni aleatoria, por lo que la discusión sobre la misma está superada. Por ende, es adecuado establecer graduaciones en función de la destreza demostrada¹¹.

Con todo, la metodología tradicional aplicada a los niveles de firmas nos ha enseñado a operar en un marco general, si bien hay que tener presentes algunas prevenciones al centrar los análisis en las mujeres. La selección de fuentes es fundamental, aunque para un estudio amplio la clave está en los protocolos notariales. ¿Qué tipo de escritura escoger? La más útil, obviamente, y la que menor sesgo presente. Por tanto, la elección estará en aquellos documentos más representativos zonalmente, procurando que sean homogéneos, comunes en el territorio, constantes en el tiempo y que incluyan a sectores sociales variados, además de una notoria participación femenina. En Galicia, como en otras regiones del norte, por el tipo de propiedad, la respuesta está en las compraventas de tierras, ya que cumplen con los requisitos descritos. Sin embargo, las mujeres están menos representadas que los varones en ellas y aparecen más viudas y solteras —mujeres con independencia legal—, así como casadas de ausentes, en situación económica desfavorable casi siempre y esto también hay que tenerlo en cuenta.

Los testamentos, fuente tradicionalmente empleada para el conocimiento de la alfabetización, son válidos, pero las mujeres intervenían menos y, sobre todo, lo hacen viudas y mujeres poco humildes, lo que también es evidente, ya que para testar es necesario tener algo que legar. Por último, cuando trabajamos con estos protocolos notariales, los resultados deben ser englobados siempre por grupos sociales, dado que los totales generales no son válidos, puesto que suelen pecar por exceso al participar más —y también firmar más— las mujeres de sectores acomodados y pudientes.

10. Sobre el tema se ha escrito mucho, pero, en esencia, se mantienen las posturas clásicas con leves variaciones entre los defensores y detractores del método. Esta cuestión ya protagonizó un controvertido debate en su momento, por lo que conviene traer a colación que, frente a la férrea postura de Yves Castan y a la negativa de Collison, que no consideraban la firma como un elemento válido, estaban las tesis de Furet y Sachs —más tarde completadas por Futet y Ozouf—, que la defendían como un estadio intermedio entre la lectura y la escritura. Asimismo, Schofield, Meyer, Cressy y Larquié, entre otros, sostenían que la capacidad de firmar se colocaba en un estadio muy iniciático de la escritura. Por su parte, Larquié también realiza un interesante repaso a las distintas fuentes que se pueden utilizar para la medición y sus inconvenientes. Véase: Schofield, 1973: 437-454. Castan, 1974. Furet & Sachs, 1974: 714-737. Furet & Ozouf, 1977: 19-28. Meyer, 1974: 331-343. Cressy, 1980: 53-61. Larquié, 1980: 232-252. Collison, 1981: 31. Castillo y Sáez, 1994: 133-168.

11. La propuesta de Queniat fue secundada en múltiples contribuciones que graduaron y adaptaron la postura original, como hicieron: Longuet, Rodríguez y Bennassar, Soubeyroux, Moreno Martínez, Viñao Frago y J. Antón Pelayo —aplicado a las grafías de las hijas de Antón Vinyals en un original capítulo—, entre otros. Véase: Queniat, 1977: 3-27. Longuet, 1978: 207-228. Rodríguez y Bennassar, 1978: 17-4. Soubeyroux, 1985: 159-182. Moreno Martínez, 1989: 52 y ss. Viñao Frago, 1986: 235-250. Antón Pelayo, 1998, 245-272.

Por otra parte, las muestras deben ser ostensiblemente amplias, de modo que sean representativas, puesto que las mujeres comparecen menos, y que puedan mitigar particularidades y excepciones. Aunque el objetivo de análisis sean las mujeres, en ningún caso deben excluirse los cálculos globales para ambos sexos y que incluyen a los varones, ya que la lectura de los resultados obtenidos para ambos géneros es más rica y explica movimientos, crecimientos acelerados o ralentizaciones en el tiempo. Por supuesto, el acento estará en el objetivo de estudio propuesto, pero un muestreo general es, lógicamente, más útil.

En otro orden de ideas, el principal inconveniente que presentan los niveles de firmas aplicados a la historia cultural femenina es que exigen un tratamiento analítico arduo y un vaciado documental extenso de archivo, ya que esta documentación no suele estar digitalizada, por lo que excluye el recurso digital. Asimismo, las medias obtenidas, muchas veces, presentan más incógnitas que soluciones obvias, lo que implica una mayor atención a los datos contenidos en la documentación y a las particularidades que se observan. Así, es imprescindible tener muy presente el contexto económico, social y cultural — especialmente, la red escolar — de la zona en la que se trabaja para poder explicar de forma coherente la evolución de las tendencias y las conclusiones a las que se llega. En el tratamiento de la información es necesario realizar una distinción entre las mujeres del común y las mujeres pertenecientes a los sectores acomodados, la frecuencia de su aparición y su capacidad de firma, ya que una elevada presencia de mujeres privilegiadas puede alterar e, incluso, invalidar los totales. Por otra parte, si la documentación se inscribe en ámbitos más urbanizados, ciudades o villas, los porcentajes, en consecuencia, suelen ser más altos que en el mundo rural, dadas las mayores posibilidades de acceso a la cultura. No obstante, esto puede ser matizado en aquellas ciudades migratorias que acogen continuamente a población nueva o en aquellas con desarrollo industrial precoz, cuyos porcentajes tienden a estar estancados y/o a decrecer por la mayor ocupación femenina.

El impacto de los movimientos migratorios es otro aspecto para considerar con cuidado y que nos obliga a ser cautos con las cifras. Los efectos de la migración pueden tener consecuencias dispares porque, por una parte, pueden indicar la necesidad económica de las mujeres por la ausencia de los varones de la unidad familiar, pero, por otra parte, también pueden señalar la inversión del dinero de la emigración en tierras o en bienes inmuebles. Así, pues, todo depende del papel que juegan las protagonistas —como compradoras o como vendedoras—, del importe de las transacciones, de su estatus, de sus circunstancias familiares —solteras, casadas o viudas— y de su peso en la documentación. Por ello, es indispensable tener cuidado con los factores discordantes. Aquí entra en liza el método científico y las disparidades solamente se pueden mitigar con bases amplias y una buena organización de los datos, de forma que las conclusiones sean representativas y sólidas. Nosotros, como historiadores, no leemos simplemente las fuentes, sino que las analizamos, las sometemos a crítica y las cuestionamos cuando toca. A estas alturas del partido todos sabemos que hay fuentes que no cuentan la verdad, otras que dicen verdades a medias y otras que guardan obvios silencios, pues en el fondo no son más que pequeños reflejos que se

nos muestran en los espejos del pasado, pero son parciales e incompletos, empleando las palabras del historiador Jaime Contreras¹².

En suma, como sucede siempre, el vaciado de firmas es complejo, denso y puede parecer poco agradecido, en el sentido de que el esfuerzo se puede condensar en una tabla simplificada con los resultados globales. Sin embargo, su valor es verdaderamente significativo, ya que condensa infinidad de comportamientos sociales, de organizaciones familiares y de ocupaciones laborales, entre otras muchas cosas que repercuten en la cultura. En cualquier caso, la riqueza de todo ello está en la explicación de los datos, de sus disonancias y especificidades, así como de su contenido.

En otro orden de ideas, actualmente, no se puede decir que no sepamos nada al respecto del tema que nos ocupa, pero el conocimiento es parcial en lo tocante a las mujeres y existen grandes discrepancias regionales a causa del desarrollo de los estudios. Lamentablemente, no tenemos una encuesta Maggiolo y tampoco podemos seguir la pauta que se realizó con ella. Por tanto, tenemos piezas de puzzles que encajan un tanto forzadas, sobre todo, con relación al mundo rural. Actualmente, para poder establecer comparaciones no nos queda de otra que acudir a la encuesta de Soubeyroux y su equipo, centrada en ámbito urbano y que emplea testamentos para ello, que no es la escritura notarial más adecuada, salvo que los resultados se desglosen por grupos sociales, cosa que no se hizo en su momento¹³. Además, también hay que tener presentes las meritorias recopilaciones realizadas por Javier Antón Pelayo, quien, a propósito de su estudio sobre Gerona, realizó un esfuerzo compilatorio de los resultados obtenidos hasta el momento en distintos contextos peninsulares, realizando un intenso barrido de la producción historiográfica en publicaciones de distinta naturaleza, algunas contenidas en monográficos, pero otras dispersas en revistas regionales y comarcales¹⁴. En suma, atendiendo a los resultados y a las tendencias que conocemos hasta el momento, entre finales del XVIII y principios del XIX, en Zamora firmaba el 27,8% de las mujeres, en Toledo el 32,4%, en Huelva el 14,49%, en Cádiz el 56,8% en 1775 y el 45,5% en 1800, en el Puerto de Santa María el 25,8% en 1775 y el 32,2% en 1800, en Murcia el 32,9%, en Lorca el 16,7%, en Mataró el 18,2% y en Gerona el 27%. Por el contrario, los niveles son ostensiblemente más bajos en Galicia, región rural por excelencia, donde la tasa de alfabetización en la franja costera se situaba en torno al 8-11% a mediados del siglo XVIII, frente a la franja del centro e interior de Galicia donde prácticamente no se computaban firmas, con cifras que escasamente superaban 2% en villas de interior. Las tasas aumentan en los muestreos realizados con testamentos, tal y como

12. Autor que, a su vez, recoge el símil de Umberto Eco y de su trabajo *De los espejos y otros ensayos*. Pese al paso de los años, esta contribución ha envejecido bien y todavía está vigente, en tanto en cuanto es una reflexión abierta y sugestiva hacia el oficio del historiador y los desafíos de la historia científica. Véase en Contreras, 1996: 186-188.

13. A este respecto, citamos los resultados obtenidos por Domingo L. González Lopo en su magno estudio sobre las actitudes ante la muerte en Galicia que empleaba los testamentos como fuente. Según sus cálculos, en la tierra de Santiago firmaban el 98,8% de las testadoras urbanas de las clases privilegiadas y el 77,9% de las rurales; el 52,9% y 30,8% de las mujeres de sectores medianos urbanos y rurales, y 4,2% y 1,5% entre las más pobres de los ámbitos. Véase en González Lopo, 1984: 125-138.

14. Véase Pelayo, 149-1998:148. Además, este trabajo más amplio se completa con un artículo mucho más reciente, cuyo enfoque es netamente femenino. Pelayo, 26-12 :2024.

se puede comprobar en la tabla que se muestra a continuación, pero, al agrupar los datos en sectores, las cifras se regulan. No obstante, una de las grandes diferencias que observamos entre Galicia y algunas de las muestras anteriormente aludidas, como en el levante y en el sur, estriba en que la red escolar era bastante amplia en ellas y, desde luego, mucho más amplia que en Galicia, entre otras cosas.

TABLA 1. NIVELES DE FIRMA: MUESTRA DE LA RURALIDAD DE GALICIA

Lugar	Año	Fuente	Firmantes
<i>Santiago (núcleo)</i>	1635	Donativo 1635	3,4%
<i>Santiago (núcleo)</i>	XVII/med.	Hospital Real (enfermeras)	0,75%
<i>Santiago (comarca)</i>	1640-1700	Testamentos	27,1%
	XVIII/1		38%
	XVIII/2		40,8%
<i>Pontevedra (Provincia)</i>	1700-1710	Compraventas	14,9%
	1750-1760		11,5%
	1800-1810		10,5%
<i>Castroverde (Comarca, Lugo)</i>	XVIII/1	Compraventas	1,8%
	XVIII/2		2,5%
	XIX/1		6,4%
<i>Allariz (Comarca, Ourense)</i>	1750-1760	Compraventas	0 (80 escrituras)
<i>Baixo Ulla (Comarca, A Coruña)</i>	1700	Compraventas	1,23%
	1750-1755		2,91%
	1800-1805		8,89%
<i>Costa da Morte (comarca, A Coruña)</i>	1700-1701	Compraventas	1,45%
	1750-1751		1,94%
	1800-1801		9,38%
<i>Arzúa (Comarca, A Coruña)</i>	1750	Compraventas	2,56%
<i>Ordes (Comarca, A Coruña)</i>	1750	Compraventas	0 (83 mujeres/escrituras)

Fuente: Sixto Barcia, 2021: 303-330

Las medidas emprendidas por los borbones en la segunda mitad del siglo XVIII, relativas al fomento de escuelas, tuvieron pocos efectos fuera de la corte y de ambientes netamente urbanizados. Afortunadamente, los maestros rurales, los maestros de ferrado como se los denominaba en Galicia y en el norte de Portugal, no discriminaron a las niñas que quisieron o pudieron instruirse junto a sus hermanos. Ahora bien, si la prohibición de la coeducación avalada por la Iglesia desde siempre y por las leyes de fines del XVIII no tuvieron efecto, qué fue lo que causó el desfase. Tradicionalmente, se ha insistido mucho en los prejuicios entre sexos y se ha amplificado el efecto de la literatura misógina y crítica contra las capacidades intelectuales femeninas. No obstante, en un país mayormente analfabeto, estos mensajes llegaban mal y de forma indirecta. En cambio, los condicionantes económicos y la lucha por la supervivencia fueron los principales enemigos de la alfabetización femenina. No hay duda de que la enseñanza femenina comportaba un mayor coste-oportunidad para las economías de subsistencia. Las niñas realizaban

múltiples tareas en el hogar y fuera de él y ellas se incorporaban mucho antes al mercado laboral, asalariado o no. El hecho de que la enseñanza de Antiguo Régimen fuese tardía, iniciada a edades avanzadas, desde luego las perjudicaba y no ayudaba a mejorar las tasas de alfabetización. También hay que entender que hablamos de una enseñanza muy elemental, asentada en la triada de la lectura, escritura muy elemental y aritmética simple, e impartida por unos maestros sin título, en la mayor parte de los casos, y escasamente formados. Por tanto, los beneficios del proceso formativo eran cuestionables y el propio proceso conllevaba muchos costes, por lo que no es de extrañar que las familias optasen por no enviar a sus hijas como criadas o emplearlas en la proto-industria textil. Asimismo, ellas emigraban menos o, por lo menos, con otras estrategias¹⁵. Todo ello se nota de forma clara y contundente en el dominio del castellano, sobre todo, en las regiones periféricas con distintas lenguas o con dialectos.

Por último, el mayor desafío que enfrentamos en estos momentos, dados los niveles de partida y el abandono de los estudios de base, es la elaboración de una síntesis a nivel global representativa, lo que, por el momento, es inviable y se bosqueja como una labor titánica. Por tanto, ¿Qué podemos hacer al respecto? Podemos seguir confiando en los estudios de tipo local, comarcal y regional, que tuvieron un impacto muy positivo en el pasado y que pueden seguir aportado buenos frutos por la extraordinaria utilidad de la acumulación densa. Frente a aquellos que tildan de localistas los esfuerzos de este tipo, incluso con tono despectivo, hay que incidir en la dificultad del esfuerzo, que no es poco, y en la tremenda utilidad de los resultados.

CONCLUSIONES

Si bien sabemos muchas cosas sobre la cultura letrada femenina y podemos reconstruir un discurso coherente con piezas de muchos puzles, no siempre compatibles al 100%, todavía nos queda mucho por hacer. Conocemos mejor el ámbito urbano que el rural, cuando este último era el mayoritario y en el que vivía la mayor parte de la población. Por tanto, es preciso reivindicar el necesario análisis del mundo rural, más complejo, con menos fuentes, pero igual de importante o más, dado que era el mayoritario. En la misma línea, es preciso retomar los viejos planteamientos seriales y volver a trabajar con los niveles de firmas, puesto que solamente contamos con tendencias y no con certezas. El tipo de escritura a emplear en los muestreos deberá de ser definido a nivel territorial y/o regional, atendiendo a la utilidad de esta y a la mayor presencia femenina en las muestras, de modo que los resultados sean más concluyentes. Los estudios a nivel global todavía son un desafío, pero las iniciativas zonales, enfocadas en contextos locales, comarcales o regionales que abordan la problemática nos han aportado, y de seguro nos aportarán en el

15. A este respecto, destaca el magnífico *Vuelo corto* de O. Rey Castelao, que nos recuerda que las mujeres sí participaban en la emigración y sufrían las consecuencias de la misma. Véase: Rey Castelao, 2021.

futuro, muy buenos resultados. Por último, en cuanto a la educación, es necesario revisar otra vez las fuentes y volver a interrogarlas para que emerjan los efectivos formativos femeninos, muchas veces ocultos en los contextos rurales. Hasta el momento hemos infravalorado la educación informal, aquella no planificada y más espontánea, pero intuimos que sí tuvo importancia en la difusión de la cultural femenina, sobre todo, en lo referente al contacto con la lectura y a su aprendizaje.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegre Maceira, Celia, *Dar e concordar na Ulla do século XVIII*, A Coruña, 2009.
- Armesto, Mónica F., «¿Analfabetos, rústicos e idiotas? Niveles de alfabetización de jueces y agentes de la comunicación en el señorío gallego de As Pontes de García Rodríguez durante la primera mitad del siglo XVIII», en Santiago Fernández, Javier de y Francisco Olmos, José María de (dir.), *Escritura y sociedad: burgueses, artesanos y campesinos*, Madrid: Dykinson, 2019: 263–279.
- Astoul, Guy, «L'alphabétisation en Haut-Languedoc: les aléas de la méthode Maggiolo dans le diocèse de Montauban», *Annales du Midi*, 198 (1992): 175–194.
- Barreiro Mallón, Baudilio, «Alfabetización y lectura en Asturias durante la Edad Moderna», *Espacio, tiempo y forma. Serie IV, Historia Moderna*, 1 (1988): 115–134.
- Bennassar, Bartolomé & Rodríguez, Marie-Christine, «Signatures et niveau culturel des témoins et accusés dans le proces d'Inquisition du ressort du Tribunal de Toledo (1525–1817) et du ressort du Tribunal de Cordoue (1595–1632)», *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien (Caravelle)*, 31, 1978: 17–46.
- Bennassar, Bartolomé, *Valladolid en el siglo de oro*, Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 1983 [1967].
- Carabias Torres, Ana María, «Beatriz Galindo y Lucía de Medrano: ni maestra de reinas ni catedrática de derecho canónico», *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 39 (2019): 179–208.
- Carabias Torres, Ana María, «Los problemas de interpretación de las fuentes documentales sobre Beatriz Galindo, La Latina», *Studia historica. Historia moderna*, 43/2 (2021): 71–104.
- Cariou, A.: «L'instruction dans le département du Morbihan à la veille de la Révolution de 1789», *Mémoire de la Société historique et archéologique de Bretagne*, 35 (1955).
- Cartago, Thérèse de, *Bosquet des malades* [editado y traducido por Ghislain Baur], París: e-Spania Books, 2021. <https://doi.org/10.4000/books.esb.3397>
- Casquero Fernández, J. A., «La alfabetización en la ciudad de Zamora mediado el siglo XVIII», *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 15 (1998): 391–449.
- Castillo, Antonio y Saez, Carlos, «Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre historia social de la cultura escrita», *Signo. Revista de Historia de la Cultura Escrita*, 1994, 1: 133–168.
- Chartier, Roger, *Pratiques de lecture*, Marseille, Rivages, 1985.
- Cipolla, Carlo M., *Educación y desarrollo en Occidente*, Barcelona: Ariel, 1970 [1969].
- Ciscar Pallarés, Eugenio, «Cruz o firma en la práctica procesal (contribución a la medición de la alfabetización en el Reino de Valencia, siglos XVI–XVIII)», *Estudis: Revista de historia moderna*, 24 (1998): 37–62.
- Collison, Patrick, «The significance of signatures», *Times Literary Supplement*, (1981): 31.
- Contreras Contreras, Jaime, «Métodos y fuentes: el historiador y sus documentos», en *La investigación y las fuentes documentales de los archivos*, Guadalajara, ANABAD, 1996: 181–194.
- Cressy, David, *Literacy and the social order. Reading and writing in Tudor and Stuart England*, Cambridge: Cambridge University Press, 1980.
- Eiras Roel, Antonio, «Tipología documental de los protocolos gallegos», en Eiras Roel, Antonio et al., *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*, Santiago de Compostela: USC, 1981: 21–113.

- Eisenstein, Elizabeth L., «Some conjectures about the impact of printing on western society and thought: a preliminary report», *Journal of Modern History*, 40/1 (1968): 1-56.
- Espigado Tocino, M. Gloria, «El analfabetismo en España: Un estudio a través del censo de población de 1877», *Trocadero*, 2 (1990): 173-192.
- Fernández Clares, M. Lluïsa, «L'alfabetització a la vila de Terrassa i el seu terme (1781-1790)», *Terme*, 22 (2022): 69-82.
- Fleury, Michel y Valmary, Pierre, «Les progrès de l'instruction élémentaire de Louis XIV à Napoléon III d'après l'enquête de L. Maggiolo (1877-79)», *Population*, 12/1 (1957): 71-92.
- Furet, François & Sachs, Wladimir, «La croissance de l'alphabétisation en France», *Annales*, 3 (1974): 714-737.
- Furet, François & Ozouf, Jacques, *Lire et écrire. L'alphabétisation des français de Calvin à Jules Ferry*, Paris: Minuit, 1977, I.
- Gelabert, Juan Eloy, «Lectura y escritura en una ciudad del siglo XVI: Santiago de Compostela», en *La ciudad hispánica durante los siglos XIII al XVI*, Madrid: Universidad Complutense, 1985, I: 161-182.
- González Lopo, Domingo Luis, «La actitud ante la muerte en la Galicia occidental de los siglos XVII y XVIII», en Eiras, Antonio *La documentación notarial y la historia*, Santiago, USC, 1984, II: 125-138.
- Graff, Harvey J., *Literacy and social development in the West*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981: 1-13.
- Grevet, René, «Alphabétisation et instruction des populations rurales du nord de la France (milieu XVIII^e-début XIX^e siècle)», *Annales de Bretagne et des pays de l'Ouest*, 100-4 (1993): 441-451.
- Hobsbawm, Eric J., *Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona: Ariel, 1988 [1968].
- Jiménez Moreno, Arturo, *La incorporación de la mujer a la cultura escrita en el siglo XV: análisis contextual y censo de lectoras en Aragón, Castilla y Portugal*, Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, 2023.
- Jimeno Aguius, José, *La instrucción primaria en España. Estudio estadístico*, Madrid, 1885.
- Johansson, Egil, «The History of Literacy in Sweden», en Graff, Harvey J. (ed.), *Literacy and social development in the West*, Cambridge: Cambridge University Press, 1981: 151-182.
- Kula, Witold, *Problemas y métodos de la historia económica*, Barcelona: Península, 1977 [1963].
- Larquí, Claude, «La alfabetización de los madrileños en 1650», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 17 (1980): 232-252.
- Laspalas Pérez, F. J., «Las escuelas de primeras letras en la sociedad española del siglo XVIII: balance y perspectivas de investigación», en *Educación, redes y producción de élites en el siglo XVIII*, Madrid, 2013: 17-38.
- Le Flem, J. P., «Instruction, lecture et écriture en vieille Castille et Extremadure aux XVI-XVIII siècles», *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne XVI^e-XIX^e siècles*, París, CNRS, 1987: 29-43.
- Houdaille, J., «Les signatures au mariage de 1740 à 1829», *Population*, 1 (1977): 65-90.
- Le Roy Ladurie, Emmanuel, *Les Paysans du Languedoc*, Paris: SEVPEN, 1966, 2 vols.
- Longuet, Yves, «L'alphabétisation a Falasie de 1670 a 1789», *Annales de Normandie*, 28 (1978): 207-228.
- Lockbridge, K. E., *Literacy in colonial New England*, New York, 1974.
- Marcos Álvarez, F. y Cortés Cortés, F., *Educación y analfabetismo en la Extremadura meridional (Siglo XVII)*, Cáceres: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, 1987.

- Martin, Henri-Jean, «Pour une histoire de la lecture», *Revue française d'histoire du livre*, 16 (1958): 583-610.
- Mateos Díez, Juan José, «Problemas de interpretación de las fuentes documentales manuscritas e impresas sobre Luisa de Medrano», *Studia historica. Historia moderna*, 44/1 (2022): 187-217.
- Meyer, Jean, «Alphabétisation, lecture et écriture: Essai sur l'instruction populaire en Bretagne du XVI^e au XIX^e siècle», *Actes du 95^e Congrès des Sociétés*, Paris, Bibliothèque nationale, 1974, I: 333-353.
- Pascua, María José de la, «Aproximación a los niveles de alfabetización en la provincia de Cádiz: las poblaciones de Cádiz, El Puerto de Santa María, Medina Sidonia y Alcalá de los Ozules entre 1675 y 1800», *Trocadero*, 1 (1989): 51-65.
- Pérez García, José Manuel, *Un modelo de sociedad rural de Antiguo Régimen en la Galicia costera: La Península del Salnés*, Santiago, USC, 1979.
- Queniat, Jean, «Les apprentissages scolaires élémentaires au XVIII^e siècle: faut-il réformer Maggiolo? », *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 24 (1977): 3-27.
- Ramiro García, Francisco, *Alfabetización, lecturas y bibliotecas en la Granada del Siglo XVIII*, Granada, Universidad de Granada, 2018.
- Reder Gadow, Marion, «Enseñanza, educación y alfabetización en la Málaga Moderna», *Jábega*, 108 (2016): 10-18.
- Reder Gadow, Marion, «Enseñanza, educación y alfabetización en la Málaga Moderna», *Jábega*, 112 (2023).
- Rey Castelao, Ofelia, *Libros y lectura en Galicia: siglos XVI-XIX*, Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, 2003.
- Rey Castelao, Ofelia, «Niveles de alfabetización en la Galicia de fines del Antiguo Régimen», *Bulletin hispanique*, 100-2 (1998): 271-312.
- Rey Castelao, Ofelia, *El vuelo corto: mujeres y migraciones en la Edad Moderna*, Santiago, USC editora, 2021.
- Ruwet, J. y Wellemans, Y., *L'analphabetisme en Belgique (XVIII^{ème}-XIX^{ème} siècles)*, Louvain: Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université Catholique de Louvain, 1978.
- Sandoval Vereá, Francisco, «Alfabetización, familia y patrimonio en la Galicia a fines del Antiguo Régimen», *Obradoiro de Historia Moderna*, 9 (2000): 211-233.
- Sanz González, Margarita, «Alfabetización y escolarización en Galicia a fines del Antiguo Régimen», *Obradoiro de Historia Moderna*, 1 (1992): 229-249.
- Sixto Barcia, Ana M., «Escuelas y escolares: educación elemental en la villa y tierra de Padrón a finales del Antiguo Régimen», *Obradoiro de Historia Moderna*, 16 (2007): 286-306.
- Sixto Barcia, Ana M., *Letras entre rucas, redes y arados. Mujeres y cultura letrada en Galicia (siglos XVII-XIX)*, Santiago: Andavira, 2021.
- Sobrado Correa, Hortensio, *Las tierras de Lugo en la Edad Moderna: economía campesina, familia y herencia, 1550-1860*, A Coruña: Fundación Barrié, 2001.
- Stone, Lawrence, «Literacy and Education in England, 1640-1900», *Past and Present*, 42 (1969): 69-139.
- Suárez Golán, Fernando, «Niveles de enseñanza y estudiantes en la Galicia central del Antiguo al nuevo Régimen», *Obradoiro de Historia Moderna*, 16 (2007): 307-332.
- Moreno Martínez, Pedro Luis, *Alfabetización y cultura impresa en Lorca, 1760-1860*, Murcia, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Murcia, 1989.
- Musgrave, P. W., *Sociology, history and education*, London: Methuen, 1970.
- Nalle, Sara T., «Literacy and Culture in Early Modern Castille», *Past and Present*, 125 (1989): 65-125.

- Pelayo, Antón, «El adorno educativo de las mujeres: la alfabetización (siglos XVI-XIX)», *eHumanista: Journal of Iberian Studies*, 57 (2024): 12–26.
- Pelayo, Antón, *La herencia cultural: alfabetización y lectura en la ciudad de Girona (1747-1807)*, Barcelona, Universidad Autònoma de Barcelona, 1997, I y II.
- Petrucchi, Armando, *Alfabetismo, Escritura, Sociedad*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1999.
- Petrucchi, Armando, *Scrivere e no. Politiche della scrittura e analfabetismo nel mondo d'oggi*, Roma, Editori Riuniti, 1987: 167–263.
- Samaniego Boneu, M. «El problema del analfabetismo en España», *Hispania*, 124 (1973): 375–400.
- Schofield, R. S., «Dimensions of illiteracy in England 1750-1850», *Explorations in Economic History*, 10–4 (1973), 437–454.
- Soubeyroux, Jacques, «Niveles de alfabetización en la España del siglo XVIII. Primeros resultados de una encuesta en curso», *Revista de Historia Moderna*, 5 (1985): 159–174.
- Ventura I Munné, M., «El nivel d'alfabetització de la població de Mataró a mitjans del segle XVIII», *Primer Congrés d'Història Moderna de Catalunya*, Barcelona: Departament d'Història Moderna, Universitat de Barcelona, 1984, II: 666–675.
- Vincent, Bernard, «Lisants et non lisants des royaumes de Grenade et de Valence à la fin du XVI^e siècle», *De l'alphabétisation aux circuits du livre en Espagne XVI^e-XIX^e Siècles*, París, CNRS, 1987: 95–104.
- Viñao Frago, Antonio, «Del analfabetismo a la alfabetización: análisis de una mutación antropológica e historiográfica», *Historia de la educación: Revista interuniversitaria* 4 (1985): 209–226.
- Viñao Frago, Antonio, «El proceso de alfabetización en el municipio de Murcia, 1759-1860», en *La Ilustración española*, Alicante, Instituto Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante, 1986: 235–250.